Ideas y opiniones

Almas Anónimas

En la «Casa Blanca», en la más inmaculada de todas las casas de un pueblecito que se dormía á orillas del Mediterráneo, la simpática Agueda Pía habitaba al lado de su madre quien la adoraba; de dos criados, marido y mujer, que por ella se desvivían y de dos hermosos perros cuyos nombres exóticos ella pronunciaba á menudo con un dejo inquietante y á veces extraño.

En aquella casa cándida todo invitaba á la contemplación y á la bondad; por eso era tan buena, tan hospitalaria y tan deliciosamente contemplativa la adorable Agueda Pía.

A aquella casita roquera, en donde todo eran quehaceres domésticos, visitas muy discretas, lecturas más discretas aún, misa los domingos y rosario los viernes, en las tardes paseo y en las noches cierre de ventanas y puertas, dulces momentos pasados debajo de la lámpara y *buenas noches* dichas con sincero encanto, llegó la fatalidad un día en que los perros ladraron mucho sin hacer caso á las delicadas órdenes de Agueda Pía quien los llamaba y les suplicaba no despertar con sus ladridos á la pobre madrecita suya que descansaba.

Los perros temían algo; en el puerto un barco italiano había anclado aquella noche; nadie sabía qué motivos lo llevaban hasta aquel apartado rincón del Mediterráneo en donde ningún barco grande se detenía y hacia donde nadie aspiraba ir porque para desear vivir en un pueblo como aquel era necesario llevar en el alma una herida aún abierta, algo que no pudiese sanar nunca apesar de las dulzuras que brinda el bálsamo de un amor amado. Aquel barco conducía á Marco Fortis, veneciano de noble estirpe, hombre de grandes aspiraciones en el arte porque era un arquitecto de valer, en la vida porque para él el mundo era muy pequeño y en el amor porque había ofrendado el tesoro de su corazón á una patricia, veneciana también, á Mónica Poldo, mujer que sentía en el alma la pasión que por el arte sienten todas las hijas de la bella Italia. Pero Mónica Poldo era casada y su simpatía por Marco Fortis aún no había llegado al sacrificio del bienestar que su marido le hacía gozar en Venecia; por eso, al amante aún no amado, lo obliga á abandonarla é ir á España á realizar con sus geniales interpretaciones el sueño de arte que ella en sus horas de farniente ha zurcido.

Y en España, cerca de la «Casa Blanca», en un lugar llamado «Las Termas» que tiene una historia delicada y triste como todo lo de aquella costa, Marco Fortis conoce á Agueda Pía, la suave doncella, quien sabe despertar en él algo desconocido, talvez el amor pero no aquel amor que sentía por Mónica Poldo y que hacía de él un esclavo de la mujer que con vanidad soberana se hacía llamar Imperia.

Y ese amor que despierta por primera vez en el alma de Marco Fortis, lleva al corazoncito de Agueda Pía una dulzura encantadora, una semiveladura de paz muy en consonancia con las timideces infinitas de su espíritu. Agueda Pía no sabe saborear el amor con la calma acariciadora que llena el pecho de tranquilidad; aquel amor para ella lo es todo; por él, por Marco Fortis, ella lo olvida todo y por él, por Marco Fortis, ella se siente capaz de sacrificar hasta la propia felicidad.

Y aquel amor hace que Agueda Pía llegue á verse interiormente, á considerarse lo suficiente grande, lo suficiente noble para despreciar las efímeras vanidades que forman el encanto de quienes son cualquier cosa. Ella no se teme á sí misma, ella teme, desde el principio, á los demás. No sumerje su adorable cabecita pensativa en las aguas de la confianza que debiera ha-